bertad, convirtióse en caciques del pueblo, señor de horca y cuchillo.

La familia Berenguer pertenece al partido regionalista y apoya incondicional, absolutamente, al señor Cambó. Puede afirmarse que éste debe su acta a la preponderancia de aquélla.

Y como se comprenderá, todo en el pueblo de Artés tiene hechura regionalista. Los que mandan y los que legislan: todos regionalistas. Y el Municipio también.

El pueblo no pesaba nada en la balanza porque estos modernos «regeneradores» le tenían bien sujeto el cuello. No era posible desmandarse. Obrero que intentaba salir por los fueros de su libertad, se veía en la miseria. Particular que no se avenía a una vida humillante, era condenado a las más atroces vejaciones y a pagar tributos enormes hasta que se sometía o iba en busca de tierras más generosas donde no imperase el bandolerismo de guante blanco.

Todo pertenecía a los regionalistas. Y parece lógico que quienes gozaran de tan omnímodo poder, darían a conocer sus facultades de gobierno y de buena administración.

Esto es lo lógico. Pero como muchas veces la lógica y la realidad van por caminos opuestos, resultó que los regionalistas, dueños absolutos del pueblo de Artés y de su organismo vital, el Municipio, no sólo no robustecieron la vida municipal, sino que la han llevado al más vergonzoso de los desastres.

Los concejales regionalistas se encontraron un día con que el déficit municipal era enorme y que de no acudir vendría la bancarrota.

Y quisieron componer la rotura, creando un absurdo impuesto de consumos, que fué la gota de agua que hizo desbordar los ríos populares.

Sí. El pueblo cansado de la dictadura de la familia Berenguer y de sus protectores los regionalistas, no pudo aguantar más y se echó a la calle a los gritos de ¡abajo los regionalistas! ¡abajo los consumos! ¡abajo el Ayuntamiento!

Los 700 obreros de la fábrica Berenguer, los labradores y gentes de la clase media, todos a una, en admirable solidaridad, abandonaron la fábrica, sus herramientas y cerraron sus tiendas.

El primer día no ocurrió nada. Pero vino el segundo y a pesar de la brutal concentración de fuerzas, el pueblo dirigióse en masa al Ayuntamiento pidiendo la expulsión de los malversadores del pueblo.

Los concejales y el alcalde regionalistas, fuertes en los días de debilidad y fanfarrones en los momentos de desunión y de pánico, no tuvieron el valor de afrontar el ímpetu del pueblo y presentaran sus dimisiones y prometieron retirar los consumos.

Ante esta promesa, el pueblo retiróse, luego de quemar las odiosas casillas, guardando una actitud expectante por si acaso hiciera falta un nuevo empuje.

Y no pasó más. Ahora sólo falta que el pueblo abra los ojos y vea a qué funestos extremos llega la Lliga Regionalista, cubriéndose con ideales nunca sentidos.

Los sucesos de Artés, pueblo del distrito de Castelltersol, feudo del señor Cambó, descubren la podredumbre que, bajo capa de honradez y moralidad, envuelve la política regionalista.

(De *La Lucha*).

MIGUEL MORAYTA

Anciano ya ha dejado de existir esta figura una de las mas cultas del antiguo partido republicano. Había nacido en Madrid en 13 de Septiembre de 1834, fué esclarecido historiador, erudito profesor y periodista militante. Empezó, desde sus primeros años a figurar en la vida pública, fundando a los 16 años en unión de Castelar y Francisco de P. Canalejas «El Eco Universitario».

Terminados sus estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, fué nombrado profesor auxiliar de dicha Facultad, sin que ello fuera obstáculo a que continuase cursando la carrera de Leyes.

A consecuencia de los sucesos de 1865, dimitió el cargo de auxiliar, dimisión que por la forma en que estaba redactada, le ocasionó la pena de destierro por desacato e injurias al Gobierno.

Fué repuesto más tarde en el empleo hasta que en 1868 ganó por oposición, la cátedra de Historia de España, en la Universidad Central y substituyó a don Fernando de Castro, en la clase de Historia Universal. Cuando la república, desempeñó el cargo de secretario del Ministerio de Estado. Ostentó el cargo de diputado en muchas ocasiones, habiendo sostenido violentas campañas.

Don Miguel Morayta fué director y propietario de la «Revista Ibérica», «La Reforma», «La República Ibérica», «El Republicano Nacional», y «El Republicano».

Publicó entre otras muchas obras de gran valor histórico: «¡Aquellos tiempos!», «La Comune de Paris», «Historia de los Pueblos de Oriente», «Historia de las Religiones», «El Posibilismo», «Historia de la Grecia antigua», y otras muchas.

D. E. P. el ilustre profesor.